

## **Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 9, Hebreos 10: 19-39: Perseverad para salvación**

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

El autor ha alternado entre la exposición y la exhortación a lo largo de su sermón, pero ha dejado los bloques más extensos de exposición y exhortación para la mitad y el final. Hebreos 7:1 a 10:18 es un bloque sólido de exposición sobre la obra sacerdotal de Jesús y su importancia. Ahora, desde 10, 19 y hasta el final del sermón, llegamos a un bloque extenso de exhortación.

El primer bloque de esta exhortación, 10,19-25, es particularmente importante. El autor lo ha destacado para sus oyentes porque el lenguaje de 10,19-24 vuelve muy específicamente al lenguaje de Hebreos 4,14-16, la exhortación que precedió a esta palabra central sobre el sacerdocio de Jesús. Al hacerlo, identifica esencialmente el corazón de su exhortación a los oyentes a aferrarse a la confesión o profesión de su esperanza en Cristo y a seguir acercándose con valentía a la comunidad cristiana, donde también se puede acercar al trono de la gracia, el trono de Dios.

Reiterando la exhortación de 4:14 al 16, Hebreos 10:19 al 25 describe la respuesta adecuada al costoso don de Cristo de acceso a Dios, pero añade un enfoque específico sobre el aspecto comunitario de esta respuesta, la importancia de no abandonar la reunión de los cristianos. Esa reunión es también el lugar donde uno se acerca al trono de la gracia. Hebreos 10:26 al 31 apoya esta exhortación positiva al describir las terribles consecuencias que seguirían a la respuesta injusta e ingrata de ignorar o desechar los costosos dones de Cristo.

Interpreta estratégicamente el alejamiento del grupo como un pecado intencional por el cual no queda ningún sacrificio pendiente. En 10:32 a 39, el autor invita a los oyentes a simplemente continuar en el camino que tan noblemente habían seguido en tiempos anteriores y que en gran medida todavía seguían, y concluye con una cita de una autoridad antigua que confirma los efectos beneficiosos, los efectos saludables de permanecer leales y firmes, así como los efectos destructivos de retroceder o apartarse. El autor invita explícitamente a los oyentes a identificarse con aquellos que muestran fe y permanecen leales y firmes en lugar de con aquellos que retroceden.

La identificación de la fe o confianza como la cualidad que conduce a la preservación del alma lleva al autor a desarrollar el sentido y la postura de la fe en el capítulo 11. Así, el famoso capítulo de la fe, el elogio de la virtud de la *pistis* o fe, surge naturalmente de la exhortación de 10:19 a 39. Hebreos 12:1 a 3 concluye el elogio de la fe con una exhortación basada en el propio ejemplo de Jesús, que muestra la fe expresada de la manera más plena y perfecta.

También proporciona una transición a una secuencia de exhortaciones relacionadas a la perseverancia que se extienden a lo largo del resto del capítulo 12. El sermón cierra en el capítulo 13 con instrucciones morales y exhortaciones que desarrollan cómo uno debe cumplir la exhortación del capítulo 12, versículo 28, a saber, que los creyentes se aferren a la gratitud mediante la cual adoran a Dios de una manera agradable. El servicio mutuo, la confianza continua en el patrón divino, la lealtad a Jesús y la adoración son todos aspectos esenciales de esta manifestación de gratitud por lo que los creyentes están recibiendo en el sacudimiento escatológico, es decir, la entrada al reino inquebrantable.

Habiendo terminado el mensaje que el predicador advirtió en el capítulo 5, versículo 11 sería largo y difícil de desenredar, y ahora aplica las verdades que ha estado desarrollando a la situación del oyente. Por tanto, hermanas y hermanos, ya que por medio de la sangre de Jesús tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, es decir, a través de su carne, y ya que tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y con certeza de confianza, habiendo purificado nuestros corazones de mala conciencia y habiendo lavado nuestros cuerpos con agua limpia. Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza, porque el que prometió es fiel. Y considerémonos unos a otros para un estallido de amor y de buenas obras, no dejando de congregarnos unos a otros, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y esto tanto más cuanto veis que aquel día se acerca.

El autor destaca aquí dos cosas esenciales que los destinatarios tienen ahora. En primer lugar, se necesita valentía para entrar en los lugares santos. En segundo lugar, un gran sumo sacerdote sobre la casa de Dios debe impulsarlos hacia adelante en su camino cristiano.

Se les ha concedido lo que ningún otro pueblo de ninguna época anterior ha disfrutado, la santificación que les permitirá cruzar los umbrales, no sólo del lugar santo terrenal, sino también del celestial y del lugar santísimo, y estar en la presencia misma de Dios. La posesión por parte de los creyentes de la autorización para entrar en los lugares santos recuerda la entrada anterior de Cristo en los lugares santos, específicamente como nuestro precursor. Jesús pasó detrás del velo, y la esperanza de los creyentes es el vínculo que los mantiene conectados con él y con su destino.

Ahora, el autor celebra el descubrimiento de ese nuevo y vivo camino a través del velo, el camino hacia los lugares santos, que anteriormente habían estado ocultos bajo el primer pacto, y celebra el hecho de que él y su congregación han sido completamente preparados para cruzar también. Al hablar tan grandiosamente de su acceso a Dios y su inserción en la casa de Dios, el autor busca generar confianza en los creyentes, dándoles una orientación esperanzadora en medio de sus desafíos. Su glorioso destino está asegurado siempre que tengan la confianza y la valentía de seguir avanzando hacia él.

Dadas las ventajas de que disfrutaban, el autor insta a los creyentes a acercarse. Esto es lo opuesto a retroceder, la alternativa que tienen ante sí, que el autor teme que algunos oyentes tengan en mente y que sabe que otros han comenzado a poner en práctica al dejar de reunirse. Se han preparado para entrar en la santa presencia de Dios apropiándose de los beneficios del sacrificio de Jesús, habiendo sido purificados tanto en cuerpo como en corazón para este acercamiento confiado a Dios.

La sangre de Jesús, metafóricamente hablando, ha rociado sus corazones para limpiarlos de la contaminación de una mala conciencia, que ha sido el tema principal de 9 versículo 1 a 10 versículo 18. La señal externa y visible de esta limpieza interior es el lavamiento de sus cuerpos con agua limpia, muy probablemente una referencia al bautismo, que servía como entrada universal a la comunidad cristiana. La aplicación que hace el autor del lenguaje de la pureza en este punto, rociando el corazón y lavando el cuerpo con agua limpia, también reforzará las diferencias y, por lo tanto, los límites entre los que están dentro del grupo cristiano y los que están fuera, que siguen contaminados por las obras muertas que caracterizan sus vidas.

Como personas que han sido apartadas por este proceso único de purificación y consagración, los creyentes ya no son iguales a sus vecinos, sino que han sido distinguidos de ellos por Dios mismo. Y eso es muy beneficioso para ellos, por mucho que sus vecinos intenten hacerles sentir lo contrario. Acercarse es una sugerencia vaga, admito, para un curso de acción, pero al menos sirve para orientar a los oyentes a permanecer con la comunidad cristiana donde se encuentra Dios y continuar avanzando hacia la meta de su peregrinación cristiana en lugar de abortar su viaje.

El autor también llama a los oyentes una vez más a mantener inquebrantable la confesión de esperanza, como lo había hecho anteriormente en 3, versículo 6, y 4, versículo 14. La repetición demuestra la importancia de esta exhortación a aferrarse a las creencias y expectativas fundamentales de la cultura cristiana, así como a aferrarse a la profesión pública de esta esperanza sin vacilar, sobre todo mediante una asociación visible y pública continua con el grupo cristiano y mediante una inversión continua de parte de cada miembro en los demás. La razón fundamental que el predicador proporciona aquí para aferrarse es la fidelidad o confiabilidad de Dios, el que ha prometido.

Por supuesto, este ha sido un tema importante del sermón hasta este punto, desde el fracaso de la generación del Éxodo en reconocer y honrar la confiabilidad de Dios, desarrollado en el capítulo 3, hasta las garantías de Dios a Abraham de ayudarlo a confiar, mencionadas en el capítulo 6, hasta las garantías de Dios a la audiencia del predicador de reforzar su propia confianza en los capítulos 6 al 8, particularmente el juramento de Dios con respecto al sacerdocio eterno de Jesús y el oráculo de Dios sobre el nuevo pacto en Jeremías 31 que Jesús inauguró. El ejemplo de la generación

del desierto ha preparado particularmente a los oyentes para no dejar de reconocer la confiabilidad de Aquel que ha prometido. Además de la convicción interna y el testimonio público con respecto a la esperanza que Jesús les ha traído, el autor insta a una inversión cada vez mayor en otros cristianos y un cuidado hacia ellos para ayudarlos en su viaje hacia adelante contra la corriente de la hostilidad del mundo.

En este punto del pasaje, los lectores de la mayoría de las traducciones al inglés se encontrarán con un problema. La NRSV, por ejemplo, traduce el versículo 24 del capítulo 10 como “consideremos cómo estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras”. Se podría comparar de manera similar la RSV, la NIV e incluso la edición actualizada de la NRSVUE.

En este punto, el griego nos da únicamente la frase: considerémonos unos a otros hasta que haya una explosión de amor y buenas obras. El propósito de considerar al otro no es descubrir cómo lograr que el otro muestre amor y se involucre en actos de bondad en mayor grado. Este tipo de traducción, como la que se encuentra en la NVI o la NRSV, requiere importar la idea de cómo motivar al texto entre considerémonos y unos a otros.

Sin embargo, el único verbo en griego es *kata naomen*. Sigamos considerando. Sigamos observándonos y notándonos unos a otros.

El objeto de este verbo es “unos a otros”, y el paroxismo o estallido de amor y buenas obras es el propósito o resultado de la acción. El autor llama a cada cristiano a observar a sus compañeros discípulos, a observarlos de cerca, a observar sus luchas, sus desafíos, y a verlos realmente con el resultado de invertir en ellos. Este tipo de observación es el lugar de nacimiento del cuidado, que a su vez da nacimiento a la acción decidida para ayudar al otro a llevar su carga y compartir el bien que Dios desea para él o para ella.

Por lo tanto, una mejor traducción, en un modo funcional equivalente, sería: sigamos mirándonos, mirándonos realmente unos a otros para que nos amemos y nos hagamos el bien unos a otros aún más. Esto se conecta con las exhortaciones del autor a lo largo de Hebreos a crear el tipo de relaciones y estructuras de apoyo dentro de la comunidad cristiana que hagan posible, incluso preferible, soportar el desaire y la hostilidad del exterior en lugar de renunciar al amor, la comunión y el respeto mutuo que existen dentro de la iglesia. Hebreos 10 versículo 25 refuerza este punto, utilizando la antítesis para contrastar el curso de acción incorrecto con el curso de acción ventajoso, no abandonando la reunión de ustedes mismos, sino animándose unos a otros.

Ahora bien, el autor sabe que algunos, quizá muy pocos miembros de la congregación, han comenzado a retirarse. Sin embargo, tal retirada es contraria a todo sentido de gratitud, que implica declarar abiertamente la deuda que uno tiene

con el dador y alabar públicamente al benefactor que ha otorgado grandes dones. La retirada de los pocos también desanima a los que quedan, erosionando su determinación de aferrarse a su costosa esperanza.

También disminuyen los recursos generales del grupo para ayudarse mutuamente a perseverar. En lugar de perjudicarlos, se los insta a ser más francos a la hora de alentarse mutuamente a perseverar e invertir cada vez más sus energías y recursos. El autor aquí, estratégicamente, les recuerda una vez más la dimensión escatológica de su confesión.

El día, el día de la segunda venida de Cristo, el día del juicio de Dios, se acerca cada vez más. A medida que avanza el reloj escatológico, el creyente debe volverse más ferviente en lugar de menos ferviente, porque este será un día de recompensa para los fieles; la contemplación de su proximidad debe ayudar a sostener la perseverancia, el compromiso y la inversión en el ínterin. También será un día de castigo para los que no lo hagan, como se desarrollará en el siguiente pasaje en una de las advertencias más solemnes que presentará el autor.

El autor apoya su exhortación positiva con la consideración de la alternativa, volviendo a un estilo de vida que los vecinos incrédulos aprobarían, y retirándose de las asociaciones visibles con la comunidad cristiana. El predicador hace esto en un lenguaje que recuerda mucho a Hebreos 6, versículos 4 a 8. Censura un curso de acción como muestra de una ingratitud suprema, que en última instancia es desventajosa porque conduce tanto a la deshonra eterna como a un destino peor que la muerte. Porque si continuamos pecando intencionalmente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio y de un fuego celoso que está a punto de devorar a los adversarios.

El que viola la ley de Moisés muere irremisiblemente por el testimonio de dos o tres testigos. ¿Cuánto mayor castigo merecerán los que pisotean al Hijo de Dios, y tienen por inmunda la sangre de la alianza en la que fueron santificados, e insultan al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza; yo pagaré.

Y otra vez, el Señor juzgará a su pueblo. Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo. Lo que el autor tiene en mente aquí con el pecado en la cláusula, si intencionalmente continuamos pecando, está condicionado por el capítulo 10, versículos 24 y 25.

No se trata de una referencia general a los pecados continuos contra los cuales el creyente puede luchar, sino más específicamente, una referencia a las acciones de aquellos que, a pesar de conocer la verdad de la liberación y la esperanza que Dios provee, no obstante eligen los beneficios temporales de esconder o abandonar su conexión con la comunidad creyente y con Cristo. Tales personas prefieren la

amistad de los pecadores y el goce temporal de la aceptación entre pecadores a las dificultades que el pueblo de Dios debe soportar en este mundo a causa de la hostilidad de los pecadores. Cuando el autor dice que si continuamos pecando intencionalmente o voluntariamente, está haciendo una referencia a la distinción que se hace en la Torá, especialmente en Números capítulo 19, versículos 22 al 31, entre los pecados cometidos involuntariamente para los cuales hay sacrificios prescritos y los cometidos con arrogancia o con mano altanera para los cuales solo hay castigo.

Los moralistas grecorromanos también censuran las malas acciones intencionales, considerándolas dignas de un castigo más severo. El predicador afirma que abandonar la comunidad cristiana es una decisión voluntaria, una elección deliberada, no una obligación de fuerzas externas. Al desertor o al creyente cobarde no se le permite el consuelo de pensar que cede a la necesidad práctica cuando oculta su conexión con Jesús.

Tal proceder sigue siendo una violación voluntaria y deliberada de un pacto, de la ley universal de ser justos y agradecidos hacia los benefactores. Cuando el autor dice aquí que ya no queda más sacrificio por los pecados, está repitiendo el lenguaje que acaba de utilizar unos versículos antes, en el capítulo 10, versículo 18. Allí, la afirmación de que ya no queda más sacrificio por los pecados proporcionaba una prueba del perdón decisivo y de la limpieza de la conciencia ofrecida por Jesús.

Ahora, sin embargo, se emplea el mismo lenguaje para subrayar la importancia de mantener esa relación con Dios a través de Jesús una vez formada. Esto no sólo es así por la naturaleza de una vez por todas de la ofrenda de sí mismo que Jesús hace, una ofrenda que no debe repetirse, sino también por la grave afrenta a Dios y a Jesús, el mediador, y a la sangre misma de Jesús que haría la persona que piensa que tales dones y tal relación no valen el costo de mantenerlos. Todo lo que les queda a esas personas es el juicio de Dios, la expectativa de un fuego ansioso a punto de consumir a los adversarios, como lo expresa el autor en el versículo 27.

El autor utiliza el lenguaje de Isaías 26, versículo 11, donde leemos que los celos se apoderarán de los incultos y el fuego devorará a los adversarios. Pero nuestro autor ha ampliado este lenguaje bíblico para realzar la imagen. Celoso ahora describe el fuego mismo como un fuego celoso.

Las consecuencias se presentan como más inminentes que el uso que hace el autor del verbo griego *mellō* con un infinitivo en lugar de un mero verbo futuro, un fuego celoso que está a punto de consumir a los adversarios, que está a punto de consumir a los adversarios. Aquellos que rechazan el curso de acción propuesto por el autor, sigamos acercándonos, se encuentran entonces frente a la sombría perspectiva del juicio, una realidad venidera, cuya severidad se ve reforzada por el argumento de menor a mayor que el autor presenta a continuación en los versículos 28 y 29. El caso

menor en este argumento proviene de Deuteronomio 17, versículo 6, donde las infracciones voluntarias del pacto mosaico resultaron en la ejecución sobre la base del testimonio de dos o tres testigos.

La premisa no enunciada en este argumento es que Jesús es digno de mayor honor que Moisés, premisa que había sido establecida bastante temprano en Hebreos, en el capítulo 3, versículos 1 al 6. La conclusión del autor, expresada en forma de pregunta, postula un castigo proporcionalmente mayor para las infracciones voluntarias del nuevo vínculo entre Jesús y los creyentes, lo que implica entonces un destino peor que la muerte. El autor presenta el alejamiento del compromiso firme con el grupo en los términos más crudos en un intento de hacer que tal curso de acción sea tan atroz que sea impensable. Es como si estuviera diciendo: mira lo que realmente estás haciendo si te retiras del grupo si valoras la aceptación de tu vecino más que el favor de Dios.

Este curso se presenta como un triple ataque al honor de Dios, particularmente atroz porque tal ataque viola la relación patrón-cliente, y no responde con gratitud sino con un insulto al benefactor divino. En primer lugar, el apóstata es aquel que ha pisoteado al Hijo de Dios. El recordatorio de que el título de Jesús es Hijo de Dios, que ha aparecido a lo largo del sermón, no solo acentúa la desfachatez de la ofensa sino que la sitúa en el contexto del propio honor de Dios y, por lo tanto, de la presunta determinación de Dios de obtener satisfacción de los ofensores.

También es una imagen sorprendentemente irónica e inapropiada, diseñada para hacer que los oyentes se acobarden de representar tal afrenta. De hecho, aquel que puede ser despreciado ahora y, por lo tanto, pisoteado es aquel a cuyos pies pronto serán sometidos todos sus enemigos, como el autor ha afirmado en Hebreos 1:13 y 10:13. En segundo lugar, la persona que se aleja ha considerado profana la sangre del pacto con la que fue santificado, por la cual los creyentes fueron decisivamente restaurados al favor divino a tal costo para Jesús en su nombre. Finalmente, aquel que decide que los beneficios del mediador, el mayor de los cuales es el acceso a Dios como patrón, no son de suficiente valor como para merecer soportar el abuso y el desprecio de la sociedad, está dando testimonio público de esta falta de valor si deserta del grupo cristiano y, por lo tanto, ultraja al espíritu de gracia.

El contraste entre *hybris* y *charis*, entre afrenta o insulto y favor o disposición amable, no podría ser más sorprendente. De hecho, responder a un favor y a la promesa de beneficios con un insulto es a la vez sumamente inapropiado e indeciblemente estúpido. No perseverar es, por lo tanto, vergonzoso en sí mismo, ya que representa la ingratitud, el más bajo de los vicios, pero también conlleva las consecuencias más severas.

Tan grandes como son las ventajas obtenidas por la costosa mediación de Jesús, tan grande es el daño que se deriva de despreciar el favor de Jesús y el favor de Dios. La

convicción de que el ingrato, y más aún, el que devuelve insultos a cambio de un favor, merece castigo es algo común en el primer siglo. El desafío al honor de Dios y del Hijo tiene como resultado que Dios vindique su honor en el castigo del ofensor.

La amplificación de la magnitud del agravio es ciertamente también el efecto de esta triple descripción de la acusación en el capítulo 10, versículo 29, y la sugerencia de que no puede haber un castigo adecuado para tal afrenta. El autor apoya la certeza de tal castigo con recitaciones de Deuteronomio 32, el Cántico de Moisés. El tema principal de Deuteronomio 32 es el hecho de que Dios venga las violaciones de su honor, y así leemos en Hebreos 10, versículos 30 y 31, Porque conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo pagaré.

Y otra vez, el Señor juzgará a su pueblo. Mía es la venganza; yo pagaré, como una recitación de Deuteronomio 32, versículo 35, combinando las lecturas hebrea y griega del versículo. En su contexto original, esta era una promesa de Dios de reivindicar a su propio pueblo después de que fuera pisoteado por sus enemigos.

Sin embargo, aquí se convierte en una advertencia dirigida al pueblo de Dios. La siguiente recitación, El Señor juzgará a su pueblo, está tomada del versículo siguiente, Deuteronomio 32, versículo 36. Nuevamente, en su contexto original, el sentido es que Dios va a reivindicar a su pueblo.

El Señor hará justicia a su pueblo y tendrá compasión de él, es el versículo completo en hebreo. Sin embargo, el verbo hebreo para hacer justicia se traduce como juzgar en la Septuaginta, la traducción griega del Deuteronomio. Si bien el verbo griego *krinane* también puede significar hacer justicia, la traducción abre la posibilidad de leer el versículo, como lo hace nuestro autor, es decir, como una advertencia del juicio inminente de Dios sobre su propio pueblo.

Esta conclusión refuerza entonces para los oyentes que el peligro último que enfrentan es encontrarse con Dios como juez, no continuar soportando el acoso y el rechazo de sus vecinos, porque, de hecho, es una cosa terrible caer en las manos del Dios vivo. Como el autor ha alternado entre una apelación al temor y una apelación a la confianza antes en este sermón, también ahora sigue la terrible advertencia de 1026-31 con consideraciones que conducirían a la confianza si los destinatarios continúan. Acordaos de los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, soportasteis una gran contienda de padecimientos, por una parte fuisteis hechos espectáculo mediante vituperios y pruebas, y por otra haciéndoos compañeros de los que así eran tratados.

Porque os compadecisteis de los presos y aceptasteis con alegría la confiscación de vuestros bienes, sabiendo que poseáis bienes mejores y duraderos. Las apelaciones a los logros pasados de un grupo sirvieron a menudo como base para alentar los esfuerzos futuros. Por ejemplo, en el clímax de *Agrícola* de Tácito, el general romano

reúne a sus tropas con estas palabras: El largo camino que hemos recorrido, los bosques que hemos atravesado, los estuarios que hemos cruzado, todo redundará en nuestro crédito y honor mientras mantengamos la vista en el frente.

Citaré ejemplos de otros ejércitos para animaros. Tal como están las cosas, basta con recordar vuestros propios honores de batalla, basta con interrogaros ante vuestros propios ojos. El efecto retórico de semejante discurso es triple.

En primer lugar, el llamamiento infunde confianza, afirmando que, así como el grupo logró realizar lo que se le exigía antes, tendrá los recursos y la energía para volver a tener éxito. En segundo lugar, hay una renuencia a abandonar una empresa en la que ya se ha invertido tanto. En tercer lugar, el general infunde temor en los oyentes, por temor a que los logros y el honor anteriores se vean empañados por la falta de acción y perseverancia en el presente.

El autor de Hebreos, al atraer la atención del destinatario hacia la perseverancia y la acción fiel de los judíos en el pasado, aprovecha el triple poder de este recurso retórico. Ya hemos explorado este pasaje en un segmento introductorio desde la perspectiva de la experiencia real pasada de esta comunidad. Aquí sólo debemos preocuparnos por el uso retórico del episodio en el que el autor lo sitúa.

Este pasaje ofrece un ejemplo sorprendente de la fidelidad que Dios honra y recompensa. Además, es una prueba de que los oyentes pueden perseverar, pues ya han demostrado su capacidad de fidelidad frente a la hostilidad. Dos elementos del pasaje merecen especial atención.

Cuando el autor escribe: “Ustedes soportaron una gran contienda de sufrimientos”, está interpretando la experiencia previa de deshonor y abuso del oyente, la experiencia que inicialmente marcó su marginación, no como una experiencia desafortunada de ser victimizado sino como una gran contienda. Por medio de imágenes atléticas, convierte una experiencia de deshonor y marginación en una competencia por el honor, una que se gana al continuar dando batalla, no al ceder ante la presión. Tales metáforas atléticas son comunes en la literatura de las culturas minoritarias de la época, ya sean textos filosóficos grecorromanos, textos judíos o textos cristianos primitivos.

Y estas metáforas son un medio para subvertir, incluso invertir, el mensaje que los extraños quieren comunicar mediante su oposición y hostilidad. El autor volverá a este campo de metáforas con mayor extensión en el capítulo 12, versículos 1 al 4. Allí, se instará a los oyentes a considerar su vida en este mundo como una lucha contra el pecado y contra los pecadores, un esfuerzo por alcanzar el premio de la victoria, la esperanza puesta ante ellos, a plena vista de los muchos que han luchado con valentía y éxito a lo largo de la historia sagrada. Estoy hablando aquí de la nube

de testigos, que tal vez se traduzca mejor como la nube de espectadores que el autor crea en su desfile de ejemplos de fe en el capítulo 11.

Es para conseguir la aprobación de semejante nube de espectadores que los oyentes se verán instados a luchar en lugar de complacer a sus antagonistas, a sus vecinos hostiles, cediendo. El autor también destaca aquí la experiencia que al menos algunos de los creyentes sufrieron a causa del despojo de sus bienes, recordando cómo lo habían aceptado con alegría, sabiendo que poseían bienes mayores y duraderos. Las posesiones que pertenecen al reino terrenal visible son de menor valor que las que se ofrecen en el reino celestial precisamente porque sólo el reino celestial resistirá o sobrevivirá a la remoción escatológica de las cosas que pueden ser sacudidas.

Como lo ha insinuado el autor en el capítulo 1, versículos 10 al 12, y lo volverá a plantear explícitamente en el capítulo 12, versículos 26 al 28, las posesiones terrenales sólo proporcionan honor y disfrute temporales. Por lo tanto, los creyentes están llamados a mantener sus corazones puestos en la riqueza mejor y duradera que les está reservada en su ciudad permanente y duradera.

El autor transforma las acciones y el compromiso pasados de los destinatarios, sus actos anteriores de valentía y generosidad hacia los demás, en motivos de alabanza y respeto propio, de modo que los impulse a continuar en el mismo curso de acción. Así, el autor continúa exhortándolos en los versículos 35 y 36: No desechéis vuestra confianza, que tiene grande recompensa; porque tenéis necesidad de paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.

La audacia, o parresía en griego, ha sido el tema central de todo el sermón. Por un lado, habla de la confianza de los destinatarios en el libre acceso a Dios a través de Cristo. Quienes ahora muestran deslealtad y falta de respeto hacia el Hijo corren ciertamente el riesgo de echar por la borda esta audacia.

También se refiere, de manera complementaria, a la declaración abierta de los destinatarios de su esperanza, reflejada en su resistencia a las técnicas de humillación de la sociedad, de una audacia que se extendió incluso a su asociación abierta con aquellos más señalados por su sociedad por sus técnicas de control de la desviación. Después de ser iluminados, demostraron abiertamente y con confianza a los ojos del público la importancia de los dones que habían recibido de Dios a través de Cristo y los beneficios que aún esperaban. Continuar demostrando así audacia frente a la desaprobación de su vecino significa también mantener la audacia que tienen con respecto a acercarse con confianza a Dios y entrar en la presencia de Dios al final de los tiempos.

El autor insta a la perseverancia, a la determinación constante y al coraje frente a la oposición y a la pérdida, para que los oyentes puedan realmente entrar en la

recompensa en la que ellos también han invertido tanto. El autor habla aquí como si la mayor parte de la inversión que deben hacer ya estuviera detrás de ellos. Han hecho la voluntad de Dios y ahora sólo deben aferrarse hasta recibir su recompensa.

La proximidad de la recompensa y, por lo tanto, el corto tiempo que queda en esta contienda es una característica importante de la estrategia del autor a lo largo de todo el libro. Aquí, en Hebreos 10, versículos 37 y 38, el autor usa lenguaje bíblico para enfatizar que el tiempo que queda antes de entrar en su recompensa se ha acortado en gran medida. Esta impresión se verá reforzada por el largo desfile de los héroes de la fe en Hebreos 11, recordando a los oyentes cuánto tiempo ha durado esta contienda y hasta qué punto han entrado en la lista.

Como leemos en los versículos 37 y 38, “dentro de muy poco tiempo, el que ha de venir vendrá y no tardará; y mi justo vivirá por la fe; y si retrocede, no se agrada de él mi alma”. El autor ha realizado una recopilación creativa de las Escrituras en este pasaje. Primero, toma prestada la frase dentro de muy poco tiempo de Isaías 26, versículo 20, para realzar el sentido de la inminencia del día de la recompensa y el juicio.

En su contexto original, estas palabras hablan del tiempo que se le ordena al pueblo de Dios que se esconda en sus habitaciones hasta que el castigo de Dios sobre los habitantes de la tierra siga su curso. En este nuevo contexto, las palabras sirven para enfatizar la proximidad de la visitación venidera de Dios o de Cristo y para facilitar el mantenimiento del compromiso por un poco más de tiempo. También refuerzan para los oyentes la sensación de estar en el umbral de esa herencia, justo donde estaba la generación del desierto cuando vaciló y se convirtió para siempre en un modelo de desconfianza y desobediencia.

El resto de este pasaje es una reformulación radical de Habacuc 2, versículos 3 y 4, y uno puede realmente ver aquí un poco de progresión desde el texto hebreo de Habacuc a la traducción de la Septuaginta de Habacuc hasta el tipo de versión reescrita que el autor del hebreo proporciona, haciendo que ese material de las Escrituras sea aún más adecuado a las necesidades pastorales de su momento. En la Biblia hebrea, Habacuc 2, versículos 3 y 4 dicen: Hay una visión para el tiempo señalado. Habla del fin, y no miente.

Si parece que tarda, espéralo. Seguramente vendrá y no tardará. Mira el orgullo.

No es recto su espíritu, pero el justo vive por la fe. Si leemos esto en la versión de la Septuaginta, la traducción griega de Habacuc 2, 3, encontraremos algunas diferencias significativas. Todavía hay una visión para el fin, y finalmente saldrá a la luz y no en vano.

Si tarda, espérenlo, porque el que viene llegará y no tardará. En griego, hay cierta ambigüedad en los pronombres sobre si debe leerse como it, refiriéndose a la visión, o como he, mirando hacia adelante a una figura que está por venir. De hecho, la traducción griega cambia el lenguaje de tal manera que no estamos esperando que venga una visión, sino ahora verdaderamente a alguien que vendrá, alguna figura en el futuro.

Y luego, en el versículo siguiente, Habacuc 2, 4 en la Septuaginta, Si retrocede, no se complacerá mi alma en él, pero el justo vivirá por la fe. Lo que había en la versión hebrea de este texto es que la censura de los orgullosos se convierte en una declaración sobre el que viene, es decir, que si el que viene muestra cobardía, no agradará a Dios. La forma en que el autor de Hebreos lo ha traducido es diferente de ambos.

El que ha de venir vendrá y no tardará, y mi justo vivirá por la fe. Y si retrocede, no me agradará.

El autor de Hebreos ha transpuesto el orden de la primera mitad de Habacuc 2:4 y la segunda mitad de Habacuc 2:4 tal como fue relatado en la versión Septuaginta. Así, si retrocede, ya no se refiere al que viene, sino a los que esperan la liberación de Dios, los justos. Los que esperan la liberación de Dios y confían y tienen firmeza vivirán.

Mi justo vivirá por la fe, mientras que los que desmayan, los que se acobardan, no agradarán a Dios. Esta transformación sirve directamente al objetivo pastoral del autor. El texto de Habacuc sirve ahora para esbozar dos líneas de acción: la de confiar y permanecer firmes y la de acobardarse.

El primero conduce explícitamente a la vida, mientras que el segundo es censurado por Dios, quien no se complace en quienes siguen ese camino. Hebreos 10 versículo 39 concluye esta sección formulando una antítesis utilizando dos términos clave de Habacuc 2, 4, retroceder y tener fe. No somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación de vida.

La transposición que hace el autor de esas dos cláusulas en Habacuc 2:4 le permite distinguir entre dos grupos y sus características: los que muestran confianza y firmeza, que preservan sus vidas, y los que muestran cobardía y desconfianza, que caen en la destrucción porque retroceden ante la hostilidad de los pecadores a la manera de la generación del desierto. El autor claramente posiciona a los oyentes para que se identifiquen con el primer grupo, y no menos importante para evitar el destino del segundo grupo. En Hebreos 10:19 al 39, el predicador ha concentrado una gran fuerza retórica en una porción muy enfocada del texto.

En estos 21 versículos, ha incluido varios llamamientos a las emociones de los oyentes. Pasando de la confianza al temor en 10:19 al 25, el predicador ha buscado

hacer que los oyentes se sientan seguros con respecto a su acceso a Dios, al aferrarse a lo que Jesús ha hecho por ellos y responder bien a ello. El predicador continúa esto estratégicamente con un llamamiento a la emoción del temor en los versículos 26 al 31 para aumentar la aversión de los oyentes a actuar en sus circunstancias presentes de cualquier manera que muestre desprecio o deshonra hacia su benefactor divino.

A continuación, en los versículos 32 a 36, el autor hace otro llamado a la confianza, al apelar al ejemplo pasado de los oyentes, mostrando que ya han hecho lo que Dios valora y honra, y que si simplemente siguen haciéndolo, llegarán al buen fin que Dios les ha prometido. El autor también ha llenado esta sección con apelaciones a la argumentación racional, especialmente bajo los títulos de ventaja relativa, justicia y viabilidad. El autor ha seguido invitando a los oyentes a sopesar las alternativas que tienen ante sí y determinar cuál será la más ventajosa.

A lo largo de estos 21 versículos, los insta a aferrarse a los bienes eternos y a las relaciones eternamente beneficiosas que han comenzado a disfrutar y a estar dispuestos a seguir sacrificando los bienes temporales y la amistad de quienes rechazan a Dios y a su Hijo para alcanzar recompensas eternas, habiendo tomado decisiones sabias en sus circunstancias actuales. Añade consideraciones de justicia, en particular consideraciones de lo que se debe a quienes nos han beneficiado. Así, insta a los oyentes a evitar cursos de acción que muestren falta de respeto hacia los seres más honorables y poderosos del cosmos o ingratitud hacia quienes lo han dado todo para asegurar beneficios eternamente valiosos para los oyentes.

El autor añade además consideraciones de viabilidad. El público ha resistido antes y en condiciones más duras. Su propia historia demuestra que sigue adelante, que puede seguir resistiendo a pesar de la cantidad de trabajo e inversión que hay detrás.

Llegar al final no puede ser mucho más difícil. Por último, como base de todo este pasaje, el autor ha mantenido la atención de los oyentes centrada no en sus desafíos cotidianos y en lo que podría aliviarlos, como si estas fueran las consideraciones de importancia primordial, sino en el desafío final de encontrarse con Dios con éxito en el día del juicio como el desafío de importancia primordial. Esto, a su vez, ilumina con bastante claridad el curso de acción cotidiano que deben adoptar.

Esta sección del sermón del autor también continúa hablando de desafíos particulares a la situación de los creyentes en cada época. En particular, nos recuerda la importancia de invertir en la perseverancia de nuestros hermanos cristianos. En el capítulo 10, versículos 24 y 25, insta a los oyentes a no retirarse de la comunión, sino a seguir invirtiendo, particularmente animando a sus hermanas y hermanos dentro de esa comunión a la luz del día venidero.

En el capítulo 10, versículo 34, elogia a los oyentes por las formas en que han invertido unos en otros en el pasado, con la esperanza de estimular su acción

continúa en el futuro. Todo esto nos recuerda una vez más en este sermón que el discipulado cristiano no es un asunto privado ni personal. Los discípulos individuales a menudo se ven vencidos porque las presiones que trabajan en contra de su perseverancia y los desgastes que la agotan son mayores que su propia capacidad interna individual para soportarlo.

El autor nos encomienda la responsabilidad de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para apoyarnos mutuamente frente a tales presiones, de modo que cada uno pueda soportarlas. Este desafío tiene aplicación más allá de nuestras congregaciones locales, a la iglesia global, especialmente a las iglesias y naciones donde los vecinos de los cristianos y a menudo sus gobiernos trabajan arduamente para erosionar su compromiso con Jesús. Mientras leemos o escuchamos en el sermón, mirémonos unos a otros, mirémonos realmente unos a otros, hasta que el resultado sea una explosión de amor y buenas obras.

Al leer esto, debemos tener siempre presente no sólo a los hermanos y hermanas que están cerca de nosotros, sino también a nuestra familia en la iglesia perseguida, los más pequeños de los hermanos y hermanas de Jesús, por quienes nuestra intervención oportuna podría ser de hecho una respuesta a las oraciones que han estado enviando ante el trono de la gracia. El autor también nos desafía a vivir de tal manera que siempre honremos a nuestro patrón divino y sus dones. Habiendo alcanzado una comunión íntima con Dios y el conocimiento de lo que Dios aprueba, lo deshonraríamos si permitiéramos que el temor a la hostilidad del mundo nos impidiera dar testimonio de lo que Jesús ha hecho por nosotros o seguir cualquier curso de acción que Dios nos haya llamado a seguir.

Si nos arrastramos por el camino de la cruz por arrepentimiento por haber perdido la amistad con el mundo, deshonramos nuevamente al dador y el valor de la amistad de Dios. Si comenzamos a pensar que seguir a Cristo hasta el final significa renunciar a demasiado, mostramos poca consideración por los privilegios y las ventajas que nos ha traído seguir a Cristo. Más bien, nuestras vidas deben reflejar el gran valor del don que hemos recibido, lo que significa responder a Dios con una gratitud que abarque el corazón, la mente, el cuerpo y el deseo.

Si nos preocupamos más por el éxito, el respeto o la sabiduría, tal como los define este mundo, si seguimos sus reglas y ponemos nuestras ambiciones en sus promesas, pisoteamos a Jesús. Damos muy poco valor a su sangre si nos negamos a andar en esa vida para la cual él nos liberó. Insultamos el favor de Dios si buscamos asegurarnos primero el favor del mundo y luego, en la medida en que el mundo nos lo permita, los beneficios prometidos por Dios.

Si nuestro primer pensamiento es mantener la aprobación de nuestros vecinos, nuestros compañeros de trabajo o nuestros conciudadanos, y si buscamos vivir nuestra vida cristiana dentro de los parámetros de los tipos de comportamientos o

palabras que no ofendan a los incrédulos, demostramos con nuestras vidas qué aprobación nos importa realmente, e insultamos a Dios. Si atendemos diligentemente todo lo demás que nuestra sociedad nos dice que es importante y luego dedicamos a las preocupaciones religiosas el tiempo, los recursos y la energía que nos quedan, le decimos a Dios: tus dones y tu llamado no son de primer orden en mi vida. El autor de Hebreos nos llama a dejar que nuestras elecciones, acciones y ambiciones reflejen el verdadero valor de las cosas y a perseguir las promesas de Dios con todo nuestro vigor y confianza plena, firme compromiso y fe, sin permitir que ningún objeto mundano nos desvíe o nos retrase.

La contemplación de la inmensidad de los dones que hemos recibido de Dios es también una poderosa medicina contra la tentación. A la luz de la purificación que Jesús ha realizado por nosotros, del íntimo acceso que tenemos con Dios, de la amistad diaria del Espíritu Santo y del destino que Dios ha señalado para los fieles, ¿queremos realmente entregarnos a cualquier pecado particular que nos asedie en el momento, sea cual sea? ¿Queremos devolver amargura a Dios, que nos ha prodigado sólo bondad? Este pasaje sugiere que sopesemos el valor de los dones de Dios y la respuesta que exige la gratitud cuando nos enfrentamos a cualquier dilema grave o cuando contemplamos una acción que, aunque fácil, provechosa o placentera a corto plazo, es sin embargo pecaminosa.

También estamos llamados a la audacia en nuestro encuentro con el mundo exterior a la Iglesia. Hay muchas presiones que obstaculizan la libertad de expresión, la parresía o la audacia en el sentido que tiene en la ciudad-estado democrática griega en lo que respecta tanto al testimonio cristiano como al discipulado. En el mundo occidental, la privatización de la religión ha creado una cultura en la que hablar de Dios sólo es apropiado en ciertos lugares, iglesias, hogares y similares.

La secularización crea un clima en el que es apropiado, aunque opcional, invertir en actividades religiosas, pero invertir demasiado se ve con sospecha. El materialismo, la idea de que el mundo tangible es el mundo primario, genera una cultura en la que es mucho más fácil y cómodo hablar de asuntos temporales. Así, el clima, la política, las películas y cosas por el estilo son temas de conversación más frecuentes que nuestras experiencias de Dios en nuestros momentos de oración y meditación, nuestro progreso en la lucha contra ciertos pecados y nuestras percepciones de los desafíos y el llamado de Dios.

En muchos países no occidentales los obstáculos son mucho más desalentadores. Ante todos esos obstáculos, la palabra del autor de Hebreos es clara: no desperdiciéis vuestra valentía.

O, si aún no has demostrado tu valentía, descubre tu libertad para dar testimonio en palabra y obra del Dios que te redimió y te liberó, en cada faceta de tu vida.